

de su maestro, van á reír y á charlar, como si el esclavo tuviese derecho de presentarse con altanería donde el hijo se presenta con humildad: *Primis ecclesie temporibus domus erant ecclesie, nunc ecclesia est domus quavis domo deterior.* S. Chris. En nuestras iglesias. 3.º Jesucristo se ocupa, se aplica á honrar y rogar á su Padre; no hubo jamás presencia mas viva, mas sostenida, mas activa: ¿qué hacen los cristianos? vosotros lo sabeis; jamás hubo presencia mas ociosa, mas inútil, mas altamente desconocida por el extravío y la disipación.

Segundo. Se mancha el alma donde debía purificarse. *In terrá sanctorum iniqua gessit.* Isai., XXVI, 10. ¿Qué desolación! En nuestras iglesias, 1.º el pecador debe rogar y procurar por todos los medios inclinarse en su favor la misericordia divina. ¿Y qué sucede? O no ruega del todo, ó si ruega es con los labios solamente sin deseos de reconciliarse con Dios. Tal fué la plegaria del Fariseo en el templo, plegaria que se convirtió en pecado. En nuestras iglesias el pecador, 2.º debe instruirse. Las cátedras evangélicas, las fuentes bautismales, etc. Qué de fuentes de luz y unción, para los que quieran recogerse; pero, ¡ah! el pecador herido de un mortal fastidio, con los ojos empañados y el espíritu distraído, pisotea tantas gracias y se endurece cuando todo debía ablandarle. En nuestras iglesias, 3.º el pecador debe santificarse; la piscina saludable ofrece volverle la salud, y la mesa celestial volverle sus fuerzas; pero ¡oh desolación! otros proyectos bullen en su espíritu; proyectos de vanidad, de iniquidad, etc. Sus crímenes no son bastante horrosos si no les añade la impiedad, la irreligion y el sacrilegio.

Tercero. Se escandaliza al prójimo donde debería edificarse, *Erat peccatum puerorum grande nimis, quia retrahebant homines á sacrificio,* I Reg., 2, XVIII. ¿Qué desgracia! En nuestras iglesias el fiel debe encontrar con que reanimar su fervor; pero, ¡ah! no oye mas que un ruido perpétuo de niños que corren, de gentes que charlan, de amigos que se buscan, de devotos que disputan, de mundanos á quienes se les debe puestos distinguidos; no se ve mas que un aparato de lujo y vanidad; felices si el lugar santo no se convierte para ellos en lugar de tentación! En nuestras iglesias, 3.º el infiel y el hereje, deben procurar el modo de despertar su veneración; pero, ¡ah! qué deben pensar si juzgan de la grandeza del maestro por el modo con que está servido, ellos que hacen un deber de ser tan respetuosos en el ejercicio de su falsa religion?

Tres prácticas. 1.º Acordarse de la presencia de Dios en la iglesia. 2.º Estar en ella con toda modestia. 3.º Recogerse y entregarse á la oración cuando se está en ella.

II.—Sobre las faltas ordinarias en las iglesias.

Destruyen el respeto debido á las iglesias: 1.º Toda precipitación al andar y todo aire de disipación; 2.º Cualquiera inmodestia en los vestidos, y todo deseo de ser visto. 3.º Todo cumplimiento formado. 4.º Las miradas curiosas, todo discurso inútil y toda distracción voluntaria. 5.º Cualquiera proyecto de diversion, todo enojo y disgusto y la hipocresía afectada. ¿Teneis alguna de estas faltas que reprobaros? ¿Os habeis confesado bien de ellas? ¿Os habeis corregido? ¿Os corregireis desde

ahora en adelante? *Verè Dominus est in loco isto et ego nesciebam,* Gen., XXVIII.

Domingo décimo despues de Pentecostés.

I.—Sobre la vanagloria.

Dixit Jesus ad quosdam qui in se confidebant tanquam justi et aspernabantur ceteros parabolam istam; duo, etc., Luc., XVIII, 9.

El fariseo de que se habla en el evangelio de este día, nos representa á un hombre lleno de vanagloria y de buena opinion de sí mismo. Es preciso ponerse en guardia contra la vanagloria, y nunca se desconfiará bastante de ella apagando sus mas pequeños sentimientos.

Por tres motivos debemos ponernos en guardia contra la vanagloria.

Primero. La vanagloria es la mas seductora de todas las pasiones. *Vanitate seducti sumus,* II Esd., I, 7. Consideremos en nosotros mismos los progresos de esta pasión. 1.º Nada, por frívolo que parezca, le escapa para satisfacerse. Las mas pequeñas ventajas de la naturaleza, de la fortuna, de la gracia, á menudo imaginarias, etc. Todo sirve para la composición del humo que respira; no vé, no oye ni nota cosa alguna la cual no le sirva de objeto para aplaudirse. El publicano en la parte inferior del templo fomenta la vanagloria del fariseo. *Velut etiam hic publicanus,* Luc., XVIII. 2.º Nada le cuesta para satisfacerse, jejuo bis in sabbato, por dificultades que presente. *Armis quibus eliditur surgit (inanis gloria) et qua dejicitur dejicit.* S. Agustin. Sugiere empresas que algunas veces revuelven la naturaleza; hasta los trabajosos ejercicios de la penitencia y de la mortificación (nuestro fariseo lo prueba) son muy á menudo obra de la vanidad. Trabajando para destruirse es como se fortalece con ventaja. 3.º Nada le complace, por agradable que sea, si ella no se distingue. Colocad á una persona jóven en el centro de los placeres; si no encuentra nada que le hable de sí misma ¿qué enojo! es necesario para que nos agrade, que refresque en nosotros la idea fantástica que de nosotros mismos nos hemos formado.

Segundo. La vanagloria es la mas injusta de todas las pasiones. *Confundantur superbi, quia injustè iniquitatem fecerunt,* Ps., CXVIII, 78. En un hombre vano, 1.º no hay equidad con respecto á Dios. *Quid habes quod non exceperisti,* etc., I. Cor., IV, 7. Dios todo lo dá con abundancia exceptuando su gloria, que no la comunica á nadie; pero el hombre vano la usurpa con el mas temerario de todos los robos. 2.º No hay equidad con respecto á sus hermanos, porque los desprecia, los condena, elevándose sobre sus ruinas. *Non sum sicut ceteri hominis,* etc., Luc., XVIII. ¿Qué habia hecho el publicano al soberbio de nuestro evangelio para despreciarlo tan altamente? Es hombre vano, 3.º no tiene equidad ni consigo mismo. *Nolite gloriari et mendaces esse adversus veritatem,* Jac., III, 14. Todos le hacen justicia y conocen perfectamente sus cualidades, solamente él es ciego y no vé sus propios defectos;

ve en sí cualidades buenas que nunca ha tenido, y no repara en el gran número de males que posee.

Tercero. Es la mas funesta de las pasiones. *Arrogantiam fortium humiliabo*. Vanidad mas funesta aun á la salud que á la reputacion. 1.º Vanidad, escollo de toda virtud. En vano el soberbio vestirá el traje y tomará las apariencias de la piedad, porque ningun mérito tendrá delante de Dios; y si por casualidad lo tuviese, bien pronto lo pierde por el criminal retorno de su complacencia sobre sus buenas obras; tal fué el fatal destino de nuestro fariseo. 2.º Es el principio de todo pecado; incredulidad, impaciencia, olvido de Dios, ódio, venganza, celos, desobediencia, amor á las riquezas, á los placeres mundanos, hipocresia, y amor impuro: tales son los frutos de la vanagloria. 3.º Ultimamente, es el camino de la impenitencia: como podrá convertirse el que es demasiado ciego en desconocerse, temerario en demasía para ocultar ó disimular sus pecados? Ved aquí sin embargo los efectos cotidianos de la vanagloria.

Tres prácticas. 1.ª Examinar en nosotros mismos los progresos de la vanagloria: 2.ª Detestar los estragos que puede ocasionarnos. 3.ª Combatir sus ataques.

II.— Sobre el mismo asunto.

¿No estais hinchados de vanagloria? Ved aquí las señales de ella: 1.º *El hombre vano se aplaude y se glorifica*, tan pronto de puras bagatelas: á saber, de sus vestidos, de su belleza, de su habilidad, y de sus parientes; tan pronto de las ventajas de la fortuna, quiero decir, de sus riquezas, de su empleo, de su comercio; tan pronto de los bienes de la gracia, entiendo de su saber, de su piedad, de sus ayunos, de sus buenas obras. ¿Qué hay en vosotros que no haya servido para llenaros de vanagloria? 2.º *El hombre vano en todo se distingue y singulariza*, porque los caminos extraordinarios son mas marcados, y las acciones raras mas estimadas: quiere saber lo que ignoran los demás, nada puede hacer en particular que no afecte tambien maneras particulares. ¿No es este vuestro retrato? 3.º *El hombre vano escusa y oculta sus defectos*. Cuando se quiere reprenderle, es preciso empezar por alabarle, de lo contrario no confesará su falta. Necesita de confesores desconocidos; estudia, para declarar sus pecados, el momento en que hay mas confusion, remeda al humilde penitente para borrar la idea de su pecado. Se humilla en presencia de los hombres, hablando con desventaja de sí mismo, á fin de pasar por sincero y modesto. ¿Os reconocéis? 4.º El hombre vano se pica y es obstinado. Cree siempre tener razon, ó á lo menos quiere aparentar que la tiene. A escucharle, todos los que quieren reprenderle son injustos y mal intencionados. Si se le reprende un defecto, toma otro, á fin de hacer vituperar el que tenia. No sabe lo que es obedecer cristianamente: sin embargo obedecerá si se le dá gloria, es decir, si la persona que manda es distinguida y si ruega en lugar de mandar, y si manda para dar empleos brillantes; pero si la obediencia supone sumision de juicio y voluntad, el hombre vano buscará mil pretextos para sustraerse. Cuantas reprensiones se os podrian hacer sobre estos puntos! 5.º *El*

hombre vano se ocupa de los defectos de los demás y nunca de los suyos. En cuanto á mí (dirá cien veces al dia) yo no soy lo mismo. Su gran placer es censurar á los otros, buscar como despreciarlos, y preferirse siempre á todos: por esto no los considera mas que por la parte de su debilidad. ¿Os comportais así? 6.º *En fin, el hombre vano confia en su talento y se apoya en sus propias fuerzas*. Se cree capaz de poder desempeñar los primeros empleos. Si no se atiende á su mérito, se cree que hay prevencion contra él: se queja, murmura y demuestra mucha solitud por las cosas que pueden darle buen éxito.

Toda otra ocupacion, por legítima que sea, le causa disgusto y enojo. ¿Habeis notado en vosotros algo semejante? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Ps., CXIII.

Fiesta de San Lorenzo.

I.—Sobre el fervor en el servicio de Dios.

San Lorenzo apoyó su invencible valor en medio de los tormentos, en su fervor para el servicio de Dios; y considero que este servicio es un deseo ardiente y eficaz de agradar en todo á Dios.

Estamos obligados á servir á Dios con todo fervor, por tres motivos.

Primero. Porque es muy justo hacerlo: *Spiritu ferventes: Domino servientes*. Rom., XII, 11. Es á Dios á quien servís. 1.º A un Dios infinitamente grande en sus perfecciones, en su poder, en sus obras.— *Maledictus qui immolat debile Domino, quia magnus ego*. Mal., I, 14. Los grandes de la tierra son respetados, obedecidos y servidos con fervor; el servicio de Dios es solo el que se descuida. Es á Dios á quien servís: 2.º A un Dios infinitamente bueno, lleno de celo por vosotros, que tanto en la eternidad como en el tiempo, empeñó su corazon por vuestros intereses y los cuidó á espensas de su vida. Dónde está vuestro reconocimiento, si no pagais los ardores de su caridad con los ardores de la vuestra? *Charitas Christi urget nos*. II Cor., V, 14. 3.º— Servís á un Dios infinitamente santo; desmayar en su servicio es deshonrarle; es mostrar ó que se le teme mas ó que se le quiere menos que en otro tiempo. Es necesario mantener ó alimentar un fuego perpétuo sobre el altar de Dios, tres veces santo. Lev., VI, 12. Era el testó de la ley, es el espíritu del Evangelio.

Segundo. Es muy importante servir á Dios con todo fervor: *Sua deo tibi emere à me aurum ignitum*. Apoc., III, 18. 1.º El fervor expia el pecado. El solo alimenta los gemidos y las lágrimas de un corazon penitente; él solo sugiere mil artificios ingeniosos, para vengar á sus espensas el bien amado de su corazon. 2.º Por él se adquieren méritos. El tibio y el ferviente practican poco mas ó menos los mismos ejercicios, pero con un éxito muy diferente. *Maledictus qui facit opus Dei fraudulenter*. Jer., XLVIII, 10. Uno, por el ardor de sus afectos y deseos, ofrece á Dios un incienso agradable; otro por sus enojos y disgustos, toma el corazon de Dios como una cosa pesada que quiere arrojar: *Quia tepidus es*, etc., Apoc., III, 15, 16. 3.º El fervor

nos sostiene en el bien; el alma fria rechazada por Dios, no tarda mucho tiempo en caer en muchas faltas; el hombre fervoroso marcha á pasos agigantados en el camino de la virtud. Si San Lorenzo no hubiese sido de antemano abrasado por un santo ardor, nunca hubiera podido soportar el que le consumia exteriormente. *Signior fuit ignis qui foris ussit quàm qui intus accendit.* S. Leo.

Tercero. Es muy dulce servir á Dios con fervor: *Jugum meum suave est et onus meum leve.* Matth., XI, 30. Dulzuras continuas para el alma fervorosa. 1º Dulzura en la oracion: por lo que el alma tibia no prueba mas que disgustos, la fervorosa prueba mil delicias inefables.— Un momento que pase á los pies de los altares, tiene para ella encantos que todas las alegrías del mundo no pueden igualar. 2º Dulzura en los sufrimientos: San Lorenzo en las parrillas estaba tan tranquilo, como si estuviera en un lecho de rosas. Los santos penitentes se deleitaban en las austeridades que nos hacen temblar, porque les sobraba el fervor que nosotros no tenemos. Nosotros vemos la cruz pero no la unción que la acompaña. 3º En fin, dulzura en el lecho de la muerte. Entonces se duplican los temores mortales y las crueles alarmas del cristiano sin fervor. Cuál es mi estado? Qué será de mi suerte? Cuántos pecados gravísimos he cometido que me parecen lijeros? ¡Fatal inquietud! Pero si nuestro fervor cristiano tiene algun pesar, es el de no haber sido mas intenso aun. Todas sus inquietudes se calman, y su último suspiro es un latido amoroso que manda al Señor.

Tres prácticas: 1ª Humillarnos por nuestro pasado poco fervoroso. 2ª Pedir á Dios desde hoy, la gracia del fervor. 3ª Procurar escoitar nuestro fervor en el porvenir.

II.—Exámen sobre el mismo asunto.

Cuál es vuestro fervor en el servicio de Dios? El fervor de un verdadero siervo de Dios debe ser—1º real y nada imaginario. Creéis tenerlo porque sentís algunas veces impulsos buenos? No teneis celo ni por Dios ni por vuestra salud; no teneis amor á la oracion ni al recogimiento; no sois exactos ni en los mas pequeños deberes, ni en el vuestro particular: no existe una tibieza mas real ni un fervor mas imaginario.

2º Debe ser sólida y sin ilusion. Buscáis en vuestro fervor solamente los consuelos sensibles y las delicias espirituales? Por qué Dios os priva de ellas, no queréis, ó no creéis poder servir mas á Dios con fervor? En qué, pues, lo haceis consistir?

3º Debe ser arreglado y sin discrecion. Escucháis los impulsos de vuestro fervor, sin consultar la prudencia y la obediencia? Creéis que os debeis entregar con precipitacion y al azar, á todo lo que os parece virtuoso? Pensáis andar mas aprisa que Dios? Cuántas santas empresas no habrán hecho abortar vuestros deseos inconsiderados?

4º Debe ser sencilla y sin afectacion. Os es necesario singularizaros en la práctica de la virtud? Os parece que el fervor no es compatible con la vida comun, como si no se necesitase un fervor no comun, para no disminuir en nada su ardor, haciendo por mucho tiempo, siempre del mismo modo, las mismas acciones?

5º Debe ser general y sin escepcion. Os contaríais en el número de los fervorosos si olvidáseis uno solo de vuestros deberes, si rehusáseis un solo sacrificio, si halagáseis una sola de vuestras pasiones?

6º En fin, debe ser sostenida y sin disminucion. Sois de aquellos cristianos, hoy todo fuego, mañana hielo puro, cuya vida no es mas que una alternativa continua de tibieza y de fervor? Qué haceis para mantener vuestro fervor? Empleáis el recogimiento, para alimentar vuestros ardores, la oracion para tener su aumento, la mortificacion para destruir sus obstáculos? *Dixi nunc capi, hæc mutatio dexteræ Excelsi.* Ps. LXXVI, 10.

Domingo vigésimo segundo despues de Pentecostés.

I.—Sobre los diferentes deberes del cristiano.

Reddite ergò quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo. Matth., XXII.

La conclusion mas notable del Evangelio de este dia, es el oráculo del Salvador. “Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.” Esta verdad nos enseña á arreglar nuestros deberes con respecto á Dios y con respecto al prójimo; pero debemos evitar tres escollos: 1º Preferir los deberes con respecto al prójimo á los que pertenecen á Dios; 2º omitir los deberes con respecto á Dios, so pretexto de los que debemos al prójimo; 3º Llenar los deberes con respecto al prójimo independientemente de los que debemos á Dios. Contra estos tres peligros hay tres motivos que pueden arreglar nuestra conducta, con respecto á Dios y con respecto al prójimo.

Primero. Porque el servicio de Dios es el primero de los deberes.— *Quarite primum regnum Dei.* Matth., VI, 33. Servir á Dios—1º— es el mas legítimo deber. *Eligite hodiè cui potissimum servire debeatis.* Joan., XXIV. Nosotros pertenecemos á Dios á título de justicia, porque todo en nosotros pertenece á Dios; á título de reconocimiento porque todo lo que tenemos lo tenemos de Dios; á título de promesa, porque todo lo prometimos á Dios. *Jàm non estis vestri; empti enim estis pretio magno.* I Cor., VI. Qué criatura tiene derechos tan legítimos sobre nosotros? 2º Es el deber mas importante. *Serre bone et fidelis, intra in gaudium,* etc., Matth., XXV. Si los deberes hácia los hombres merecen alguna recompensa, ó eximen de algun castigo, uno y otro son muy poca cosa comparándolos con lo que se puede temer ó esperar de Dios, y precisa ser muy insensato para servir á los hombres en perjuicio de lo que se debe á Dios. *Servum inutilem,* etc., Ibid. 3º Es el deber mas consolador. Despues de haberse apurado para tributar al mundo lo que se le debe, no se encuentra en él mas que altanería, desprecio é ingratitud. Se puede temer nada semejante de un Dios tan justo, tan bienhechor y tan rico, que nunca se deja vencer en liberalidad por sus servidores? Preguntad á los que le sirven. ¡Qué paz! ¡Qué alegría! *Convertimini et videbitis quid sit inter servientem Deo et non servientem ei.* Mal., III, 18.

Segundo. El servicio de Dios es el principio de todos los demás servicios: *Reddite omnibus debita.* Rom., XIII, 7. Bien lejos de excluir los otros servicios, 1.º el servicio de Dios los admite. Sin romper con Dios se puede vivir con los suyos en mútuos deberes, afecciones y servicios; siendo un fanatismo creer que para ser cristiano es necesario abandonar las familias, empleos, profesiones y relaciones. *Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos à malo.* Joan., XVII, 15. La religión se estableció, no para destruir la sociedad, sino para santificarla: se puede vivir en el mundo sin ser del mundo. 2.º El servicio de Dios los autoriza; no hay caridad para con Dios sin la unión con el prójimo; no es cristiano el que no es dulce, afable, bienhechor y justo. *Cui honorem, etc.*, Los santos fueron santos porque dieron á cada uno lo que se le debía. En muchas devociones desarregladas se encuentra el secreto de violar, como los fariseos, el precepto de Dios. *Vos autem irritum fecistis mandatum, etc.*, Matth., XV. Pues el segundo es semejante al primero. 3.º El servicio de Dios los adopta. Los servicios que se hacen al prójimo no son indignos de Dios, porque él declara que los recibe como propios: *Quod uni ex minimi, etc.*, En el día del juicio no se quejará tanto de que se hayan olvidado de él como de sus hermanos.

Tercero. El servicio de Dios es la regla de todos los demás. *Omnia autem honestè et secundum ordinem fiant* I Cor., XIV, 4. Todos los demás deberes deben proponerse al servicio de Dios. 1.º El tiempo conveniente: *Omnia tempus habent.* Eccles., III, 1. Una obra buena en tiempo inoportuno, pierde su mérito. Dar á nuestros parientes un tiempo que exige Dios, y á Dios el que necesitan nuestros parientes, aquel es una sombra de caridad y este un fantasma de devoción. Aun es preciso observar—2.º la medida conveniente. *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.* Rom., XII, 3. Lo demasiado, y lo demasiado poco, son igualmente peligrosos; afectar, por ejemplo, un aire repugnante, áspero, feroz, extraordinario, y huir de toda sociedad, es un exceso; como es un exceso también entregarse demasiado al mundo y llevar demasiado lejos su complacencia y sus modales atractivos. La virtud consiste en el término medio. 3.º En fin, es necesario llevar las disposiciones convenientes; pureza de intención, espíritu de recogimiento, de desapego, desinterés, espíritu de sumisión á la Providencia: ved aquí los medios de santificar, de perfeccionar todas las obligaciones de nuestro estado, por comunes ó difíciles que nos parezcan.

Tres prácticas. 1.ª Servir á Dios con preferencia al prójimo. 2.ª Hacerlo sin olvidar al prójimo. 3.ª Servir á Dios aplicándose al servicio del prójimo.

II.—Sobre los deberes de la vida civil.

Se entienden por deberes de la vida civil, los que imponen los cargos y empleos, el estado ó la profesión; en general deberes de equidad, de exactitud y fidelidad en todos los negocios públicos, comerciales ó particulares. Y consiguientemente, deberes de sumisión á las personas re-

vestidas de una autoridad superior, de política para sus iguales, de benevolencia para sus subordinados ó inferiores; deberes de amor filial, de celo, tributo de buenos y nobles sentimientos de respeto y honor, de reconocimiento para con sus parientes, su familia, sus bienhechores, sus amigos; deberes de caridad sobre todo, no solamente para todos en general sino para cada uno en particular, y que se extiendan hasta sus enemigos.

Ahora, ¿cómo deben llenarse cristianamente todos estos deberes y como los habeis llenado vosotros hasta aquí? Es necesario cumplirlos.— 1.º *Con exactitud* y sin negligencia. Examinad todas las acciones de vuestra jornada, qué descuido! 2.º *Con sinceridad* y sin disfraz. En todos vuestros actos de sumisión y de política: el interior corresponde siempre al exterior? 3.º *Con dulzura* y sin dureza. Teneis acaso, en el trato con vuestro prójimo, la costumbre de presentaros con un aire feroz, severo é intratable, so pretexto de devoción? 4.º *Con prudencia* y sin exceso. Por no faltar á los deberes de política y buena educación, no faltais á los deberes para con Dios! 5.º *Con recogimiento* y sin disipación. Obligados á tratar con el prójimo, teneis cuidado de recordar de tiempo en tiempo la presencia del Señor, en el cual solo os es permitido rogoos, al que solo debeis procurar agradar?

6.º *Desinteresadamente*, en fin, y sin esperanza de reconocimiento ó recompensa. ¿Por ventura no es para recibir cortesías y servicios que vosotros los prestais á los demás?

Reformad de aquí en adelante vuestra conducta, aprovechando el aviso de Jesucristo: *dad al prójimo lo que es del prójimo y á Dios lo que es de Dios.*

III.—Sobre la fidelidad en el servicio de Dios.

Para ser fiel al servicio de Dios, es necesario; 1.º Aprender con gusto todo lo que el da por cierto, como la grandeza, la bondad, los misterios, los mandamientos de Dios, lo que le es agradable y lo que le desagradará. Entre nosotros, cuando alguno entra al servicio de un gran señor, no empieza por instruirse sobre lo que quiere, lo que ama, lo que exige? ¿Cómo pues pagareis á Dios lo que le debeis, á un Dios desconocido? *Ignoto Deo*, Act., XVII, 23. 2.º Abrazar cuidadosamente todo lo que él encierra, veneración profunda, sincero reconocimiento, apego inviolable, sumisión perfecta, resignación generosa, asiduidad para con él, amor á su palabra, atención á su presencia, etc. Si los señores de la tierra exigen todo esto, ¿qué no exigirá el Rey de los reyes? 3.º En fin, olvidar generosamente todo lo que él condena. Ved aquí lo que mas á menudo os desvia del servicio de Dios. ¿No es acaso el apego á ciertas diversiones, la frecuentación de ciertas compañías, el encuentro de ciertas ocasiones? ¿ó bien no es un cierto fondo de pereza, de indolencia, de aversión á todo lo que puede sugetar, cansar y fastidiar? ¿Cuántos reproches se os podrian hacer por lo pasado! ¿Sereis mas fieles de aquí en adelante? Amen. Así sea.